
Las relaciones de poder y la memoria colectiva desde una perspectiva espacial

Power relations and collective memory from spatial perspective

Sergio C. González García
Universidad Complutense de Madrid
sergioclaudiogonzalez@pdi.ucm.es

Resumen

Siguiendo los planteamientos teóricos de Henri Lefebvre intentaremos mostrar una nueva perspectiva para estudiar la relación existente entre espacio y memoria en un intento crítico de acercarse a lo que los memory studies han denominado “lugares de memoria”. A partir de ciertas categorías analíticas que serán puestas en relación con la memoria colectiva de los grupos sociales se buscará poner en evidencia la doble conflictividad existente, por un lado, entre la memoria hegemónica y las memorias colectivas, y por otro, por el uso, significación y creación del espacio. El objetivo será mostrar cómo ambos procesos pueden ser objeto de estudio desde la ciencia política partiendo de una perspectiva espacial.

Palabras clave: geografía política, estudios de memoria, perspectiva espacial, ciencia política.

Abstract

Following the theoretical approaches of Henri Lefebvre we try to show a new perspective to study the relationship between space and memory in a critical attempt to approach it in the “memory studies” have called “places of memory”. From certain analytical categories, which will be placed in relation to the collective memory of social groups, we will seek to highlight the existing double conflict, on the one hand, between the hegemonic memory and collective memories, and secondly, by the use, meaning and creation of space. The objective is to show how both processes can be studied from political science starting of a spatial perspective.

Keywords: political geography, memory studies, spatial perspective, political science.

En los últimos años los *memory studies* han alcanzado un nivel elevado de producción académica y de reflexión intelectual. Desde diferentes perspectivas como la historia, antropología, filosofía, historia del arte y demás, la memoria colectiva y su importancia en los grupos humanos ha sido un objeto de estudio relevante. Dentro de los mismos ha proliferado la investigación sobre lo que se denominan “lugares de memoria” —concepto vinculado al historiador francés Pierre Nora (1998). De esta manera ha avanzado la reflexión sobre lo que significa la existencia de una memoria colectiva para los grupos sociales, partiendo de las ideas de Maurice Halbwachs (1925 [2004], 1968 [2004]), y las aportaciones que han vinculado esta con sus *lieux*. Desde la importancia que ha tomado la investigación sobre la memoria y los “lugares”, nosotros queremos con esta nota de investigación proponer una perspectiva para el análisis que parta de la espacialidad social. Queremos señalar que espacio y memoria tienen una relación que va más allá de los simples monumentos y memoriales y que, además, los análisis políticos también pueden contemplar la conflictividad inherente a esta relación. Aportamos un nuevo enfoque que parte de la producción teórica de Henri Lefebvre (1972, 1974, 1976a, 1976b, 1978) y que junto a ciertas ideas de la geografía humana permite analizar el carácter político del espacio y la memoria.

La primera afirmación pretende reflejar cómo la memoria colectiva puede ser un objeto de estudio dentro de la ciencia política como elemento que está atravesado por las relaciones de poder y la correlación de fuerzas políticas en un contexto determinado. Es necesario entender que el conflicto también es parte de los análisis de la memoria colectiva, o por lo menos tiene que serlo. La construcción de los relatos hegemónicos sobre el pasado es fundamental a la hora de vertebrar un cuerpo político, una “comunidad imaginada” (Anderson, 2006), e influye directamente en la configuración del “sentido común” en términos gramscianos (Gramsci, 2013). Los hechos sociales no tienen un carácter político por sí mismos sino que tienen que ser problematizados (Errejón Galván, 2009: 3) y, por ello, es necesario entender que la configuración de un relato hegemónico —incluso oficial en determinados niveles— sobre el pasado no es algo neutral sino que está asociado a una intencionalidad. Este relato permite construir una narrativa y un discurso fundamental para la definición de una identidad, de un “nosotros”. Walter Benjamin (1940 [2008]) ya señaló el peligro de la naturalización de estos relatos oficiales que ocultaban los elementos contrarios a sus planteamientos apostando por mirar a contracorriente ese pasado para ver las resistencias y lo que quedaba oculto (Aguirre Rojas, 2002).

Por ello, el “conflicto entre memorias” está presente en la sociedad, un conflicto que puede hacerse evidente o bien simplemente mostrar que determinados colectivos articulan un relato diferenciado del hegemónico. Esa hegemonía no implica homogeneidad y por ello pueden existir lo que hemos denominado “memorias impugnadoras”, “memorias subalternas” o “memorias de resistencia” (Jelin, 2002: 5). El estudio de la memoria tiene que tener en cuenta que esta implica entonces recuperación y utilización (Todorov, 1995: 16-19), es decir, el pasado se utiliza desde el presente. La política ha recurrido a su poder de memoria para construir su propia narrativa ligada a sus intereses, ya sea para la construcción de

identidades colectivas o para sortear determinadas circunstancias políticas (Mate, 2011: 16). La utilización del pasado en el presente implica un elemento más a tener en cuenta, que la memoria supone conservar, seleccionar y construir. El pasado se construye por la selección de lo que se destaca y lo que se silencia, siguiendo a Todorov, “conservar sin elegir no es una tarea de la memoria” (1995: 16). Por ello creemos que la memoria de una sociedad supone que,

“En cualquier momento y lugar, es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad. Pueden encontrarse momentos o periodos históricos en los que el consenso es mayor, en los que un ‘libreto único’ del pasado es más aceptado o aun hegemónico. Normalmente, ese libretto es lo que cuentan los vencedores de conflictos y batallas históricas. Siempre habrá otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas, en la resistencia” (Jelin, 2002: 5).

Estas afirmaciones queremos verlas dentro de nuestro interés por analizar como esta memoria está espacializada. La memoria se visualiza en lugares físicos y en territorios o espacios transitados habitualmente (Jelin y Langland, 2003: 1), pero también articula —y construye— los mismos. Los “lugares de memoria” de Pierre Nora (1998) muestran muy parcialmente esta espacialidad, porque si bien hacen una referencia limitada a esos espacios físicos, dejan de lado conceptualmente el aspecto espacial. Su definición vincula estos con “toda unidad significativa, de orden material o simbólico, de la que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo ha hecho un elemento simbólico del patrimonio de la memoria de una comunidad cualquiera” (Aravena, 2003: 93). Con ello vemos que el autor francés se refiere más a un “lugar común”, “elemento significativo” o “marco de referencia simbólica”. La espacialidad queda diluida entre un mar de ideas, materialidades, mitos y tradiciones y por ello la utilización de la categoría “lugar” sin ningún tipo de referencia espacial ha sido bastante criticada por los geógrafos (García Álvarez, 2009; Verdier, 2010).

Por todo esto cuando hablamos de espacialidad de la memoria hacemos referencia a cómo esta aparece reflejada en el espacio o cómo existe una memoria colectiva compartida del mismo que, digamos, construye la idea común de ese “lugar” o espacio vivido. Dicha afirmación permite que nos preguntemos por la relación que existe entre el conflicto de la memoria hegemónica y las otras memorias subalternas, por un lado, y la disputa que existe por el dominio, uso y producción del espacio social, por otro. Esto nos lleva a presentar una propuesta teórica que permite analizar el conflicto de memorias dentro del proceso de la producción del espacio social desde los planteamientos teóricos de la producción del espacio de Lefebvre (1974) y con ello analizar su espacialidad.

El punto de partida proviene del reconocimiento de que la introducción de la espacialidad en los análisis sociales se ha revalorizado en las últimas décadas —tomando como punto de partida el “giro espacial” (Cresswell, 2004: 18-19; Schmid, 2008: 27; Soja, 2008: 31)— poniendo de relevancia la importancia del espacio en las ciencias sociales como

realidad a considerar (Massey, 1993: 139-141). Por ello se pueden mencionar algunos análisis que han intentado mirar desde la perspectiva espacial fenómenos que han constituido objetos de estudio tradicionales de la ciencia política. Como ejemplo de esto último podríamos destacar a Ulrich Oslender (2002, 2008, 2010) que introduce un análisis espacial al estudio de los movimientos sociales. Su intencionalidad es completar la comprensión de la movilización sociopolítica y la configuración de identidades por medio del estudio del “lugar” donde se desarrolla y desde donde parte la misma, entendiendo que sin la introducción de una perspectiva espacial en el análisis del objeto —en este caso la acción social del movimiento— no se puede entender la totalidad y la complejidad de la realidad social. Si bien esto supone una forma de introducción del contexto, de la experiencia subjetiva del espacio vivido, es cierto que el autor termina realizando una compleja unión entre Lefebvre (1974) y la “*perspectiva de lugar*” elaborada por John Agnew (1987, 2002), complejizando la relaciones entre el espacio y la acción social, y más generalmente entre estructura y agencia.

Lefebvre, teórico marxista francés, escribió el libro *La Production de l'espace* (1974). Este suponía la culminación de múltiples planteamientos sobre el espacio que había venido desarrollando en su producción teórica anterior y donde reflexionaba sobre la condición política del mismo, su vinculación a las relaciones sociales y el “derecho a la ciudad” (Lefebvre, 1972, 1974, 1976a, 1976b, 1978). Los elementos fundamentales que planteaba en esta obra pasaban por un giro ontológico y un cambio epistemológico. Desde el punto de vista ontológico suponía cambiar la idea sobre la naturaleza del espacio que había predominado hasta ese momento, especialmente desde posiciones estructuralistas, y pasar a considerarlo como algo específico y fundamental no dado a priori ni de forma preexistente ni tampoco derivación superestructural y dependiente de los procesos dados en la estructura socioeconómica (Soja, 1988: 88-90, 1996: 47, 2008: 149-176; Lefebvre, 1991: 73). Dar al espacio un papel fundamental en la realidad social, más concretamente, a la producción social del espacio social. Por otro lado, el cambio epistemológico partía de un intento de evitar el reduccionismo en los análisis que se habían centrado en el espacio mental o el espacio físico, especialmente con una fuerte crítica a la concepción del espacio euclidiano (Lefebvre, 1991: 1-3). El autor buscaba superar los enfoques cartesiano-newtonianos que compartimentalizaban el objeto y apostaba por un planteamiento epistemológico que permitiera alcanzar la unidad de análisis (Merrifield, 1993: 517-519). El espacio pasa a ser entendido en su totalidad, en todas sus dimensiones, con todas las dinámicas y relaciones que le dan sentido. El giro ontológico es fundamental porque nos permite analizarlo en sí mismo, por lo que es, y no simplemente como resultado determinado de otros procesos. Este giro va a permitir ver los procesos y relaciones de poder y conflictos derivados de su producción. Esto junto con un cambio de perspectiva epistemológica que nos lleva a analizar la totalidad del espacio entendiendo que es necesario tener en cuenta su concepción, percepción y vivencia. Esto es lo que en conjunto podemos denominar “giro lefebvriano”.

Esa idea de la unidad supondrá que el autor va a tener en cuenta tres dimensiones o momentos dentro del espacio, lo concebido, lo percibido y lo vivido. En primer lugar

estaría el espacio concebido, es decir, lo que Lefebvre (1991: 33, 38) denomina *representaciones del espacio*. Es el espacio de la planificación y la proyección, de los técnicos, urbanistas y tecnócratas que buscan una identificación de lo que se concibe con lo que se percibe y se vive (Lefebvre, 1991: 38). Una imposición del orden por medio de los códigos y signos que se proyectan en el espacio. Un orden que busca determinar y condicionar las prácticas espaciales, por lo que está cargado de intencionalidad e ideología. Esta intencionalidad supone constatar que las representaciones del espacio están atravesadas por las relaciones de poder que pretenden imponer y que se consolidan en forma de discursos e imaginarios sobre el espacio. Suponen su concepción desde una determinada lógica con el objetivo de reflejar e imponer unos valores de una forma aparentemente neutral y aséptica ocultándose tras una apariencia de objetividad científica y técnica. Las representaciones espaciales aparecen así en esta construcción teórica como unas concepciones ideales del espacio que pretenden imponer una determinada forma de verlo, experimentarlo y vivirlo desde un lenguaje supuestamente objetivo, de tal manera que lo percibido y lo vivido tienen que quedar codificados y racionalizados en función de una lógica hegemónica. El segundo momento lo formaría el espacio percibido, las *prácticas espaciales* (Lefebvre, 1991: 33), que se asientan al nivel de lo material y lo medible. Es el espacio relacionado con la producción y reproducción social y con las rutas y lugares de cada sociedad (Lefebvre, 1991: 38). Son las que permiten la apropiación del espacio haciendo que este sea analizable, observable, percibido y descifrable (Hiernaux-Nicolas, 2004: 16). Para Ulrich Oslender son “las formas en las que nosotros generamos, utilizamos y percibimos el espacio” (2010: 98). Cuando el ser humano actúa, se mueve, transita, crea y realiza actuaciones en el espacio físico está apropiándose del mismo y da a la vida cotidiana una dimensión material, por ello existe “una estrecha asociación en el espacio percibido entre la realidad cotidiana [en el uso del tiempo] y la realidad urbana [las rutas y redes que se ligan a los lugares de trabajo, de vida ‘privada’, de ocio]” (Lefebvre, 1974 [2013]: 97). Las prácticas espaciales están en constante interacción con los discursos sobre el espacio que imponen las representaciones espaciales, una relación determinante ante la imposición que ejercerían las primeras sobre la forma de conocer, experimentar, leer y moverse en el espacio. Por último aparecerían los *espacios de representación* (Lefebvre, 1991: 33), el espacio vivido vinculado a la vida cotidiana donde se generan sentidos, significados y símbolos en el devenir temporal del grupo que interactúan, condicionan y afectan a la experiencia del espacio. Forman parte de la vida social más ligada a la experiencia personal subjetiva que parte de una determinada forma de mirar la realidad social en base a códigos y símbolos compartidos. Estos espacios de representación parten de la identidad, las imágenes, los paisajes y los significados interiorizados por el grupo social que “tienen su fuente en la historia, la historia de los pueblos y de los individuos [...] se viven, se hablan, tienen núcleo o centro afectivo [...]” (Lefebvre, 1974 [2013]: 100). Son el lugar de la resistencia, se convierten en contraespacios (Oslender, 2010) desde donde se enfrentan a las representaciones espaciales por el control de un espacio del cual el grupo social comparte una misma concepción.

Después de la presentación de estos tres momentos para el análisis de la producción del espacio partiendo de un enfoque unitario del mismo que supere la compartimentalización y la preeminencia del espacio euclidiano, existen a nuestro parecer una serie de ideas fundamentales que Lefebvre expone en los capítulos siguientes de *La producción del espacio* (1974) y en otros textos. La cuestión principal que tenemos que destacar dentro de esta nueva concepción y enfoque por parte de Lefebvre es que el espacio, el proceso de su producción, no es neutral, está atravesado por las relaciones de poder y los conflictos políticos. Cuando el autor está expresando un lugar para la resistencia, donde se generan contraespacios, frente a unas representaciones que según el autor son el espacio dominante de la sociedad, está mostrando la conflictividad que existe —o puede existir— entre lo concebido y lo vivido a través de lo percibido. Desde la concepción se busca modelar el espacio intencionalmente pero manteniendo la apariencia de neutralidad mientras que la vivencia diaria e interiorizada del espacio genera —o puede generar— una resistencia a esa dominación. Por todo ello el espacio es político (Oslender, 2002: 1). El espacio puede parecer neutral y dado a priori pero esto supone que ya ha sido ocupado y representado para nosotros (Lefebvre, 1976b: 31), ya se ha creado una forma de verlo y un discurso sobre el mismo, algo que hace que este sea fuente y escenario de conflictos sociales. Por ello es lugar y objeto de conflicto y esta conflictividad es la que tenemos que tomar en consideración a la hora de realizar un análisis que busque observar las luchas por la producción, uso y dominio del espacio. Desde el punto de vista del análisis es aquí donde se debería introducir la reproducción de los conflictos de memoria entre la hegemónica y las subalternas. Como ya hemos mencionado anteriormente, avanzar hacia esta forma de entender esa conflictividad social puede ser una aportación útil dentro de las ciencias sociales y, especialmente, a los *memory studies* vinculados a esos lugares convocantes o emblemáticos.

Lefebvre (1974) expone claramente en el primer capítulo de su obra que el espacio contribuye a la configuración de la hegemonía de una clase. La idea de esta contribución remarca la ausencia de neutralidad en el espacio llegando a afirmar que “las ideologías no producen el espacio; están en él, lo son” (Lefebvre, 1974 [2013]: 253). Es un reflejo y cimienta de las relaciones de poder, refuerza la hegemonía de una clase y reproduce estas relaciones por medio de discursos del y sobre el espacio. Walter Prigge destaca que una de las capacidades de las representaciones del espacio es la de naturalizar la estructura de relaciones sociales y de poder (2008: 47), naturalización que supone la pacificación del conflicto. Un proceso de homogeneización y neutralidad que el autor va a denominar *espacio abstracto* (Lefebvre, 1991: 49) que impone normatividad a lo percibido y lo vivido, que busca un espacio homogéneo y con apariencia de transparencia —en realidad un espacio orientado a favorecer los procesos de acumulación capitalista para el autor—; aun así, también es un proceso con resistencias desde los *espacios diferenciales* donde el “habitar” se impone sobre el “hábitat” (Lefebvre, 1991: 353-400) y el valor de uso sobre el valor de cambio; el lugar de la resistencia de lo que no se ajusta a la concepción del espacio abstracto. Un lugar vinculado a la vida cotidiana como principal espacio de

socialización, explotación, contradicción y resistencia, el lugar de la contrahegemonía (Kipfer, 2008: 205).

Esta contradicción y conflicto en y del espacio va a ser fundamental en esta propuesta de investigación. La aparición de esos contraespacios derivados de los espacios de representación, es decir, del espacio vivido de la cotidianidad, va a suponer que el conflicto por el uso y la apropiación del espacio por parte de los grupos sociales va a ser una dinámica que va a espacializar la resistencia y el conflicto de memorias. Dado que la memoria forma parte del espacio —y está en el mismo— porque está inserta tanto en el espacio concebido, percibido y vivido y a su vez es reproducida por estos, los conflictos de memoria tienen una expresión espacial y las contradicciones espaciales tienen un reflejo en la configuración de las memoria colectivas.

La relación de la memoria con el espacio ya fue anunciada por Halbwachs (1968 (2004), Huici Urmeneta, 2007). Para este los recuerdos de los grupos sociales que configuraban la memoria colectiva de los mismos estaban vinculados al espacio. El grupo compartía una concepción espacio-temporal desde la que configuraba su memoria. Este espacio definía los límites identitarios del grupo posibilitando el recuerdo común (Gensburger, 2008: 22). Por ello, podemos ver esto como expresión de la espacialidad de la memoria. Las relaciones sociales en un determinado espacio vivido, en la configuración de un *espacio de representación*, que influyen en una determinada percepción del mismo, es decir, en unas *prácticas espaciales*, van creando una determinada memoria colectiva que se va entrelazando con un relato del pasado compartido. Se crea así una memoria colectiva vinculada a la vida cotidiana y la experiencia del grupo, una memoria inserta en ese espacio de representación y que influye en una forma de experimentarlo.

El espacio concebido expuesto por Lefebvre (1974), las *representaciones del espacio*, buscan crear un discurso sobre este e insertar en él un relato, la construcción de una espacialidad hegemónica donde la memoria oficial va a estar inserta. De esta manera ese espacio concebido representará un espacio sin conflicto, pacificado, donde la memoria oficial o aquellas que no sean conflictivas serán representadas y tendrán cabida en aquel. El único relato sobre el pasado que aparecerá en el espacio será el dominante, además de buscar su naturalización; un relato que influirá en el espacio vivido y percibido. Aquí aparecerá el conflicto cuando aparezcan contramemorias desde los contraespacios. En estos *espacios de representación* es donde se encuentra el espacio simbólico y donde aparecen los lugares que adquieren un significado par el grupo, lugares convocantes con los cuales se establecen unas relaciones afectivas. Estos lugares son dispositivos materiales que teniendo su propia memoria en un determinado momento son señalizados o resignificados como “lugares convocantes” (Jelin y Langland, 2003: 5) por un grupo, convirtiéndose así en dispositivos específicos donde se pretende fijar una memoria concreta.

Una vez esbozada la unión entre espacio y memoria a través de los planteamientos sobre la espacialidad social que nos han permitido evidenciar el conflicto inserto en estas dinámicas, debemos señalar un último elemento que a nuestro juicio articula bien estos planteamientos. Las llamadas “políticas de memoria”, es decir “todas aquellas iniciativas

de carácter público destinadas a difundir o consolidar una determinada interpretación de algún acontecimiento del pasado de gran relevancia para determinados grupos sociales o político para el conjunto del país” (Aguilar Fernández, 2008: 53) se mezclan con ese espacio concebido, con esas representaciones que buscan normativizar lo que debe ser el espacio, por medio de políticas de patrimonialización. Este tipo de políticas públicas buscan fijar patrimonios materiales o inmateriales en forma de discursos oficiales sobre el pasado (Del Marmol *et al.*, 2010; Godinho, 2012). En relación al espacio se intentan fijar determinados lugares como portadores de relatos sobre el pasado, que en muchas ocasiones son descargados de todo componente conflictivo o son reducidos a lugares de explotación económica-turística (Sánchez-Carretero, 2013: 38). No solo se busca la fijación en lugares físicos sino que también se patrimonializan formas de vida tradicionales de comunidades existentes. Ahora bien, la búsqueda de esta fijación material del relato del pasado también es buscada “desde abajo”, desde comunidades de memoria que no se encuentran suficientemente representadas en la memoria hegemónica o que incluso son contrarias a la misma. Los lugares simbólicos que adquieren significado dentro del espacio vivido también pueden articular demandas de señalización de “lugares de memoria sociales o desde abajo” (Viejo-Rose, 2013: 24). Por ello, aquí aparecería también la discusión sobre la pacificación inherente a todo acto de patrimonialización que se vincularía a los debates “contra-monumentalistas” (Baer, 2010: 140; Hite, 2013: 131). En todo caso, unas prácticas y otras parten de espacios diferenciados aunque interrelacionados, desde lo concebido-racionalizador o desde lo vivido-emocional. Toda investigación tendrá que tener en cuenta estos procesos para analizar la complejidad de dicha realidad social.

Nosotros creemos fundamental señalar que los planteamientos de la producción teórica de Lefebvre consiguen no solo en exponer una forma de entender el espacio con relación a un cambio ontológico y epistemológico sino que presentan una mirada que reduce la distancia entre los análisis estructuralistas y los más subjetivistas mediante una interrelación dialéctica entre estructura y agencia. Lefebvre va a superar la centralidad de la estructura en la configuración del espacio y va a introducir el sujeto por medio de la importancia del espacio vivido al nivel de la experiencia cotidiana (Lindón Villoria, 2004; Ronneberger, 2008; Schmid, 2008). En la experiencia cotidiana es donde estructura y agencia se conectan, se relacionan y se interpelan (Prigge, 2008: 53). Debido a esta superación de la dualidad con la relación entre lo concebido, vivido y percibido es posible introducir la memoria colectiva, es decir, la memoria compartida por las comunidades que se articula y reproduce en los espacios de representación, y la reproducción de la memoria hegemónica por medio de la socialización de cada individuo de la sociedad en los discursos oficiales —por medio también de las representaciones del espacio—.

Por todo lo anterior, el sentido último de esta nota de investigación ha sido el de buscar una problematización de la relación entre la perspectiva espacial y los análisis sociales. La pretensión es doble, como se ha podido ver; por un lado, señalar la importancia de la memoria colectiva en la creación de las identidades y, por extensión, la aparición de un conflicto potencial entre los discursos hegemónicos sobre el pasado y las resistencias que

se crean desde memorias no representadas y excluidas de los mismos, lo cual vincula esta tensión con el conflicto inherente a la vida social que es objeto de estudio de la ciencia política, y por otro lado, considerar que el estudio de la realidad social no está completo sin la introducción de la espacialidad y sin la introducción de las aportaciones que se han hecho desde la geografía a los estudios sociales, es decir, señalando lo acertado de los planteamientos y perspectivas que desde el “giro espacial” han considerado que el espacio importa. Un intento de introducir la importancia del lugar desde donde se articulan los discursos y de la producción del espacio social en la configuración de los mismos. Un espacio que tiene que ser entendido en la totalidad de sus dimensiones y superando su reducción a mero contenedor de los procesos sociales o producto superestructural de las relaciones socioeconómicas, por ello, la necesidad de la teoría de Henri Lefebvre, autor además que politiza y convierte al mismo en objeto de conflicto.

Todos los elementos anteriores nos han permitido mostrar en esta nota de investigación la vinculación que a nuestro juicio existe entre espacialidad y memoria partiendo de un bloque coherente y serio de planteamientos teóricos. Las potencialidades de esta epistemología son amplias dado que no solo permite analizar la problemática social del uso, dominio y producción del espacio sino también asociarlo con la configuración de los relatos del pasado que atraviesan los procesos de subjetivación política. Analizar la “espacialidad de la memoria” superando reduccionismos y la preeminencia del enfoque estructural que deja al sujeto, su vivencia y experiencia de lado. Además, esta forma de analizar la problemática de la memoria desde los planteamientos del conflicto inherente a la producción del espacio permite conectar esta con el análisis de la correlación de fuerzas y las relaciones de poder, es decir, procesos y dinámicas que entroncan con la ciencia política y sus objetos de estudio.

Referencias

- Agnew, John. 1987. *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.
- Agnew, John. 2002. *Place and Politics in Modern Italy*. Chicago-London: University of Chicago Press.
- Aguilar Fernández, Paloma. 2008. *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio. 2002. “Walter Benjamin y las lecciones de una historia vista a ‘contrapelo’”, *Secuencia (nueva época)*, 52: 181-198.
- Anderson, Benedict. 2006. *Comunidades imaginadas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- Aravena, Andrea. 2003. “El rol de la memoria colectiva y de la memoria individual en la conversión identitaria mapuche”, *Estudios Atacameños*, 26: 89-96.

- Baer, Alejandro. 2010. "La Memoria Social. Breve guía para perplejos", en A. Sucasas, y J. A. Zamora (eds.), *Memoria-Política-Justicia. En diálogo con Reyes Mate*. Madrid: Trotta.
- Benjamin, Walter. 1940 (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México D.F.: Ítaca.
- Cresswell, Tim. 2004. *Place, a short introduction*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Del Marmol, Camila, Joan Frigolé et al. 2010. *Los lindes del patrimonio*. Barcelona: Icaria.
- Errejón Galván, Íñigo. 2009. "¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso", *Revista Estudiantil Latinoamericana de Ciencias Sociales*.
- García Álvarez, Jacobo. 2009. "Lugares, paisajes y políticas de memoria: una lectura geográfica", *Boletín de la AGE*, 51: 175-202.
- Gensburger. 2008. "Lugares materiales, memoria y espacio social. El recuerdo de los campos anexos de Drancy en París", *Revista Anthropos*, 218: 21-35.
- Godinho, Paula. 2012. *Usos da memória e práticas do património*. Lisboa: Edições Colibri.
- Gramsci, Antonio. 2013. *Antología*. Madrid: Akal.
- Halbwachs, Maurice. 1925 (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Halbwachs, Maurice. 1968 (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hiernaux-Nicolas, Daniel. 2004. "Henri Lefebvre: del espacio absoluto al espacio diferencial", *Revista Veredas*, 8: 11-25.
- Hite, Katherine. 2013. *Política y arte de la conmemoración. Memoriales en América Latina y España*. Santiago de Chile: Mandrágora.
- Huici Urmeneta, Vicente. 2007. *Espacio, tiempo y sociedad. Variaciones sobre Durkheim, Halbwachs, Gurvitch, Foucault y Bourdieu*. Madrid: Akal.
- Jelin, Elizabeth 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth y Victoria Langland. 2003. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- Kipfer, Stefan. 2008. "How Henri Lefebvre urbanized Gramsci. Hegemony, everyday life and difference", en K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom y C. Schmid (eds.), *Space, difference, everyday life. Reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge.
- Lefebvre, Henri. 1972. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- Lefebvre, Henri. 1974. *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Lefebvre, Henri. 1974 (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Lefebvre, Henri. 1976a. *Espacio y política. El derecho a la ciudad II*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, Henri. 1976b. "Reflections on the politics of space", *Antipode*, 2(8): 30-37.
- Lefebvre, Henri. 1978. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, Henri. 1991. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.

- Lindón Villoria, Alicia. 2004. "Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana", *Revista Veredas*, 8: 39-60.
- Massey, Doreen. 1993. "Politics and Space/Time", en M. Keith y S. Pile (eds.), *Place and the politics of identity*. London/New York: Routledge.
- Mate, Reyes. 2011. "Deber de memoria", en R. Escudero Alday (ed.), *Diccionario de memoria histórica*. Madrid: Los libros de Catarata.
- Merrifield, Andrew. 1993. "Place and Space: a Lefebvrian reconciliation", *Transactions of the Institute of British Geographers. New Series*, 18: 516-531.
- Nora, Pierre. 1998. "La aventura de Les lieux de mémoire", *Ayer*, nº 32: 18-34.
- Oslender, Ulrich. 2002. "Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una 'espacialidad de la resistencia'", *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VI, nº 115.
- Oslender, Ulrich. 2008. "'Geografías del terror': un marco de análisis para el estudio del terror", *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XII, nº 270.
- Oslender, Ulrich. 2010. "La búsqueda de un contra-espacio: ¿hacia territorialidades alternativas o cooptación por el poder dominante?", *Geopolítica(s)*, 1: 95-114.
- Prigge, Walter. 2008. "Reading the urban revolution. Space and representation.", en K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom y C. Schmid (eds.), *Space, difference, everyday life. Reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge.
- Ronneberger, Klaus. 2008. "Henri Lefebvre and urban everyday life. In search of the possible", en K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom y C. Schmid (eds.), *Space, difference, everyday life. Reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge.
- Sánchez-Carretero, Cristina. 2013. "Patrimonialización de espacios represivos: en torno a la gestión de los patrimonios incómodos en España", en C. Ortiz (ed.), *Lugares de represión, paisajes de la memoria. La cárcel de Carabanchel*. Madrid: Los libros de Catarata.
- Schmid, Christian. 2008. "Henri's Lefebvre theory of the production of space. Towards a three-dimensional dialectic", en K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom y C. Schmid, (eds.), *Space, difference, everyday life. Reading Henri Lefebvre*. New York: Routledge.
- Soja, Edward W. 1988. *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London: Verso.
- Soja, Edward W. 1996. *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other real and imagined places*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers Inc.
- Soja, Edward W. 2008. *Postmetrópolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Todorov, Tzvetan. 1995. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Verdier, Nicolas. 2010. "La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía", en N. Ortega Cantero, J. García Álvarez y M. Ruiz-Gómez (eds.), *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*.

Viejo-Rose, Dacia. 2013. “Patrimonio cultural armada: la violencia cultural y simbólica”, en C. Ortiz (ed.) *Lugares de represión, paisajes de la memoria. La cárcel de Carabanchel*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Presentado para evaluación: 2 de junio de 2014

Aceptado para publicación: 3 de octubre de 2014

SERGIO C. GONZÁLEZ GARCÍA, Universidad Complutense de Madrid
sergioclaudiogonzalez@pdi.ucm.es

Es licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid. Durante el último curso fue becario de colaboración en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración II de esa misma facultad. Posteriormente, realizó un máster oficial en Análisis Político por la misma Universidad con un trabajo final sobre los discursos sobre violencia política de los partidos de izquierda durante la transición española. En la actualidad está cursando el doctorado en Ciencia Política siendo becario predoctoral UCM en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración III (Teoría Política y Geografía Humana) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid realizando una tesis doctoral sobre la espacialidad de la memoria y sus lugares en España. Sus líneas de investigación principales están insertas en la disciplina de la Geografía Humana y los “memory studies”. Ha participado en varios congresos y encuentros en España y Portugal y ha realizado reseñas y publicaciones en diversas revistas.